

por el contrario, si se alejan, las concesiones que el rey va á hacer al país tendrán un carácter más elevado é independiente.» Este príncipe manifestó sobre todo el deseo de verse desembarazado de la presencia del emperador de Rusia, que era el más molesto de los soberanos aliados; pero los ministros extranjeros declararon que aunque no conservaban en la capital más que las menos fuerzas posibles, no dispondrían la retirada de las que quedaban hasta el mismo día en que se celebrase la sesión regia y el rey cumplierse las promesas que había hecho en Saint-Ouén. Fué necesario acceder, y la sesión regia se fijó para el 4 de junio.

Lo que quedaba por hacer era de poca importancia á los ojos del rey. Los artículos relativos á la manera de llevarse á cabo la elección de los diputados podían dejarse para ser incluidos en la misma ley electoral; la revisión de los artículos, la redacción del preámbulo, eran detalles que se podían arreglar en una noche, y se comunicó á Mr. Beugnot la orden de tenerlo todo pronto para el día designado. Dos cuestiones faltaban por resolver: la fecha de la nueva Constitución y su título. En cuanto á la fecha, no admitió discusión Luis XVIII. Según su opinión, había comenzado á reinar el mismo día de la muerte del hijo de Luis XVI; había reinado cuando Napoleón, elevado al imperio por el sufragio de la nación francesa, ganaba las victorias de Austerlitz, de Jena, de Friedland, de Wagram y firmaba los tratados de Presburgo, de Tilsit y de Viena. Éstos no habían sido más que los diversos incidentes de la usurpación, que desaparecían ante el inmutable principio de la legitimidad. Por consecuencia, Luis XVIII quiso que la Constitución fuese fechada el décimonono año de su reinado. Con respecto al título que debía dársele, escuchó el parecer de todos. Según Mr. Dambray, era preciso dar á la nueva Constitución el título de *Ordenanza reformadora*, como las ordenanzas que los reyes publicaban en otro tiempo para introducir las reformas que juzgaban oportunas en la legislación francesa. Este título agradó desde luego á Luis XVIII, pero sin embargo, Mr. Beugnot propuso otro. Siempre que los reyes de Francia habían concedido una existencia legal, ya á los municipios ó ya á diversas corporaciones civiles ó religiosas, les habían entregado un título que se llamaba *carta*, de una palabra tomada del latín. Como entre lo que se iba á hacer y lo que había hecho Luis el Grande, por ejemplo, había una analogía que agradaba tanto al ánimo como al orgullo real de Luis XVIII, adoptó esta palabra, tan famosa después, de *Carta*, añadiéndole el epíteto de *constitucional*, para caracterizar mejor su objeto. Una vez resueltas estas dos cuestiones, ya no tenía Mr. Beugnot que ocuparse más que en los detalles de la redacción, y se confió en que con su facilidad concluiría el trabajo en pocas horas. El rey había escrito el discurso que se proponía pronunciar, lo había aprendido de memoria, y nada, á no ser su discurso, parecía ocupar su imaginación. Después de él, debía el canciller Dambray hacer una exposición de los principios de la Carta y Mr. Ferrand leer el texto. A continuación debían promulgarse varias reales órdenes en presencia de los dos grandes cuerpos, convocados para la inauguración de las nuevas instituciones. También debía leerse la lista de los pares, formada por ochenta y tres antiguos senadores, cuarenta antiguos duques y

algunos mariscales que no habían sido miembros del senado. El número de los excluidos ascendía á 55, entre los cuales 27 lo habían sido por ser extranjeros y 28 por regicidas ó por haberse señalado demasiado durante la revolución y el imperio. Los antiguos senadores comprendidos ó no en la cámara de los pares, conservaban sus dotaciones á título de pensión. El cuerpo legislativo debía transformarse en cámara de los diputados y celebrar sesiones hasta su renovación sucesiva.

El 4 por la mañana una notable formación de tropas francesas, y sobre todo de guardias nacionales, precedió á la sesión regia en que iba á ser cumplida la promesa de Saint-Ouén. La mayor parte de las fuerzas extranjeras se habían puesto ya en camino, y las restantes se disponían á marchar durante aquel día y los siguientes. El emperador Alejandro había también salido de París sin esperar á la sesión regia, obligado como se vió á devolver su visita al príncipe de Gales antes de dirigirse á sus Estados; pero el mismo día de su partida exigió que se concediese á los hijos de la reina Hortensia, de los que se había declarado protector, el ducado de Saint-Leu con una dotación considerable. Hubiera querido también conseguir una posición decorosa para el príncipe Eugenio, pero esta cuestión la aplazó para el congreso de Viena. Se marchó, pues, como decimos, encantado de los franceses, á los que había seducido con su bondad; pero muy poco satisfecho de la familia real, en la que su carácter no había encontrado simpatías. El rey de Prusia y el emperador de Austria abandonaron á París casi al mismo tiempo. Con este motivo hubo en palacio gran trastorno en la misma mañana del día de la ceremonia, porque corrió el rumor de que se había tramado un complot con el objeto de asesinar á la familia real por medio de una fuerte explosión de pólvora. Los oficiosos agentes que se habían apresurado á ofrecer sus servicios al conde de Artois y que comenzaron á formar cerca de él una especie de policía voluntaria bajo las órdenes de Mr. Terrier de Montciel y de Mr. de la Maisonfort, habían apercibido en el malecón del Sena montones de pólvora que les parecieron sospechosos. Este encuentro los asustó y llenaron el palacio con sus temores, yendo inmediatamente á buscar á Mr. Beugnot que estaba á toda prisa escribiendo el preámbulo é intimándole á que dejase la pluma para llenar sus deberes de director de policía; pero después de examinar la causa de aquel pavor, se comprendió que lo había motivado la artillería rusa que había cargado sus barriles de pólvora en el citado malecón del Sena para ponerse en camino.

Calmada la emoción, se reunió el gobierno en las Tullerías; Mr. Beugnot quiso leer al rey el preámbulo de la Carta; pero el monarca, ocupado en repetirse el discurso que debía pronunciar ante las cámaras, se negó á escucharle, diciéndole que confiaba en que habría procedido con acierto para su redacción. Llegó la hora de dirigirse hacia el Palacio Borbón y se dirigieron á él, ocupándose con mucha ligereza de cosas harto graves, porque todavía ignoraban la influencia que ejercían las palabras sobre los ánimos. Al temor suscitado por el encuentro de la pólvora sucedió otro; se creyó que tanto los miembros del senado como entre los del cuerpo legislativo habría alguno que reclamase contra la forma en que iba á ser promulgada la Constitución, y aunque el

canciller tenía orden de retirar la palabra al imprudente que hiciese uso de ella, esto podía dar lugar á una escena desagradable y enfadosa para la dignidad real; por tanto, no dejaban de tener razón al considerarla como un suceso lamentable si llegaba á tener lugar. Sin embargo, aturdidos con los preparativos de la ceremonia, se pusieron en camino hacia el Palacio Borbón sin pensar más en las eventualidades que pudieran ocurrir.

El rey, en coche y rodeado de los príncipes y de los mariscales, atravesó el jardín de las Tullerías y llegó al Palacio Borbón á las tres de la tarde. Allí fué recibido con la antigua pompa real y entró apoyado del brazo del duque de Grammont. Tomó asiento en el trono y á su derecha y á su izquierda se sentaron también los duques de Angulema, de Berry, de Orleans y el príncipe de Condé. No faltaba en aquella sesión más que el conde de Artois, enfermo con un ataque de gota y con un pesar cuyo motivo no tardaremos en decir. El público, hastiado de los grandes espectáculos militares á los que había asistido tantas veces y comenzando á tomar afición á los espectáculos políticos, acudió en masa. En el interior del salón se había admitido á cuanto había en París de más considerable, y los bancos estaban ocupados por los miembros de las dos cámaras, primero los pares y después todo el cuerpo legislativo. Apenas se presentó el rey fué saludado con unánimes aclamaciones y durante algunos momentos se oyeron las voces de *¡Viva el rey!* repetirse con apasionado acento. Conmovido y seguro á la vez, y contando con la benevolencia de su auditorio, tomó la palabra y pronunció con voz sonora y un infinito tacto el discurso que copiamos á continuación, adaptado con gran acierto al carácter de la solemnidad que se celebraba.

«Señores, dijo el rey: Cuando por vez primera pene- tro en este recinto para rodearme de los altos cuerpos del Estado y de los representantes de una nación que no cesa de prodigarme las más sentidas muestras de su amor, no puedo menos de felicitarle por haberme elegido la divina Providencia para ser el dispensador de los beneficios que se dignó otorgar á mi pueblo.

»He concluído con el Austria, la Rusia, la Inglaterra y la Prusia una paz, en la que han sido comprendidos todos sus aliados, es decir, todos los príncipes de la cristiandad. La guerra era universal, la reconciliación debía serlo también.

»La posición que siempre ha ocupado la Francia entre las demás naciones no ha sido rebajada. Toda la seguridad que adquieran los demás Estados, aumenta al mismo tiempo la suya y por consiguiente acrecienta su poder. Lo que no conserva de sus conquistas, no debe ser considerado como disminuído de su fuerza positiva.

»La gloria de los ejércitos franceses no se ha empañado; los monumentos de su valor subsisten, y las preciosas obras de arte conquistadas por ellos, nos pertenecerán en lo sucesivo por derechos más duraderos y más sagrados que los de la victoria.

»Las vías del comercio, tanto tiempo cerradas, han vuelto á ser abiertas. El mercado de Francia no estará sólo franco para las producciones de su suelo y de su industria. Aquellas de las que la costumbre ha hecho una necesidad ó que son necesarias para las artes que cultiva el país, le serán facilitadas por las posiciones que recobre. No se verá en lo sucesivo obligado á privarse

de ellas ó á conseguir las con condiciones onerosas. Nuestras fábricas florecerán, nuestras ciudades marítimas renacerán, y todo nos promete que una tranquilidad estable en el exterior y una felicidad duradera en el interior serán los venturosos frutos de la paz.

»Un doloroso recuerdo turba á pesar de todo mi alegría. He nacido y me hubiera honrado toda mi vida siendo el más leal súbdito del mejor de los reyes, ¡pero hoy ocupo su puesto! Sin embargo, este rey de que os hablo no ha muerto completamente, ¡renace en este testamento que destinaba á la instrucción del agosto y desgraciado hijo á quien yo debía suceder! Fijos los ojos en esta inmortal obra, penetrado de los sentimientos que la dictaron, guiado por la experiencia y secundado por los consejos de muchos de vosotros, es como he redactado la Carta constitucional, cuya lectura vais á oír, y que funda sobre sólidas bases la prosperidad del Estado.

»Mi canciller va á daros á conocer más detalladamente mis paternales intenciones.»

Este discurso sencillo, digno, hábil, tan bien pronunciado como escrito, y no menos consagrado á la paz que á la Carta, y escuchado desde el principio con religioso silencio, fué objeto de los mayores aplausos. El rey se mostró encantado con aquel triunfo que no era sólo político sino personal. Apenas terminó el rey de hablar, leyó el canciller un discurso explicando las causas que habían motivado la Carta, y con la evidente intención de recomendarla á los realistas, ofreciéndosela como inevitable, pero cuidando mucho de hacer notar que emanaba de la completa y única soberanía real.

Después Mr. Ferrand leyó el texto de la Carta con voz poco clara, pero satisfizo cuanto era posible aun á los ánimos más descontentadizos, porque á pesar de su origen exclusivamente regio, reproducía sobre poco más ó menos la Constitución del senado. Terminada la lectura, admitió el canciller el juramento de los pares y de los diputados, en medio de un profundo silencio y de una viva curiosidad, excitada tanto por los nombres ilustres de la antigua monarquía que no se habían oído hacía tanto tiempo, como por los del imperio, que habían resonado innumerables veces en las gloriosas órdenes del día de Napoleón y que corrían á inscribirse en la lista de los que prometían inviolable fidelidad á los Borbones.

La ceremonia se efectuó con el mayor orden y sin ninguno de los incidentes que se temían. Luis XVIII volvió á las Tullerías, calurosamente aplaudido por las dos cámaras é individualmente felicitado por todos aquellos á quienes su posición permitió dirigir al rey sus cumplimientos. En esta ceremonia tan solemne, no vió el monarca más que una cosa, su discurso; no halló otro resultado que su triunfo personal. Algunas veces muestran los pueblos una gran habilidad aplaudiendo á los príncipes, como la manifiestan otras sabiéndose callar ante ellos. Por entonces, los aplausos de las cámaras y del público fueron de una feliz oportunidad y pusieron al rey tan contento de la Carta como si hubiera sido su obra predilecta. Había consentido en sus bases sin repugnancia, lo que era mucho, y estaba pronto á ponerlas en ejecución, lo que era todavía más; pero para ser justos, es necesario reconocer que era principalmente la obra del senado, es decir, de los antiguos representantes

de la revolución francesa, que habían vuelto á profesar sus verdaderas opiniones el día de la caída de Napoleón, y que no querían que la ruina de este hombre prodigioso fuese la de los principios de 1789. También es preciso añadir que la Carta no era en cierto modo al mismo tiempo obra de los monarcas aliados, quienes á pesar de no tener afecto á las constituciones, cifraban su orgullo en cumplir su palabra al senado, en pago de sus servicios, temiendo las locuras de la emigración, y creyendo muy útil ponerlas un freno, no sólo en interés de la Francia, sino en el de toda la Europa. De todo esto sacamos en consecuencia que la Carta, como las obras que no son hijas del capricho de un partido, era la obra de todo el mundo.

Sin embargo, las apariencias (engañosas ó no) deben tomarse generalmente por realidades, y se hacía bien en atribuir á Luis XVIII la Carta, hubiese tenido más ó menos parte en su confección. Á él se le agradecía, y todos los hombres ilustrados le guardaron las consideraciones debidas. El senado, aunque excluido en parte de la cámara de los pares, no tenía por qué quejarse, puesto que aquellos de sus miembros que habían sido segregados, no podían figurar bajo el nuevo orden de cosas, debiéndose sin embargo exceptuar á algunos personajes cuya ausencia era sensible, como el mariscal Massena, á quien no se había dado entrada en la nueva corporación por haber nacido una legua más allá de la frontera de 1790 (circunstancia que se debiera haber simulado ignorar), y el mariscal Davout, porque con su defensa de Hamburgo había irritado á las potencias aliadas. Por lo demás, ya lo hemos dicho, separados y admitidos, conservaban sus antiguas dotaciones. En cuanto al cuerpo legislativo, fué admitido por completo hasta su renovación por quintas partes. La Carta, por último, dejando á un lado la cuestión de su origen (que entonces parecía una pura cuestión de palabras), la Carta encerraba todos los principios de la verdadera monarquía representativa, y por tanto no desagradó á los realistas más ardientes. Fué aprobada por el mejor de los jueces, por el menos sospechoso, porque formaba parte de los senadores excluidos, Mr. de Sieyès, que no dudó en decir que con aquella carta podía la Francia, si quería, ser libre, y que nada de cuanto bueno había producido la revolución había perecido con la catástrofe del imperio, excepto nuestras fronteras, la única pérdida verdaderamente grave y digna de todo sentimiento.

El tratado de París, publicado al mismo tiempo que la Carta, no alcanzó tan buen éxito. Es cierto que no se puede desear la paz más que la Francia la deseaba entonces, y tenía razones para desearla muchísimo; pero el tratado del 30 de mayo no era ni siquiera la paz de que se disfrutaba desde el 23 de abril, era su precio, y un precio doloroso. Así es que la lectura de este tratado produjo un efecto de los más tristes, no sólo entre los hombres que la última revolución había inutilizado, sino entre las clases imparciales y desinteresadas de la nación. En él se reconoció la cruel mano de los extranjeros, sobre todo en el trazado de nuestras fronteras. No se esperaba ciertamente que se conservarían nuestros límites geográficos, no se esperaba que Europa victoriosa, llegada hasta París, nos dejaría la frontera del Rin; pero con todo al oír repetir sin cesar que la Francia sería más considerada bajo la dominación de los Borbones que lo

había sido bajo la de los Bonapartes, se había concluido por alimentar algunas ilusiones. Mas al ver de repente aparecer la realidad, al ver á la Francia sola entre las potencias, en la misma situación de 1790, y viendo sobre todo á nuestras colonias cuya restitución debía ser el precio de lo que abandonábamos en el continente, desaparecer en parte, se sintió una gran irritación y particularmente en los puertos de mar, donde más que en ningún otro sitio se había deseado la paz. La pérdida de la isla de Francia fué la más sensible y se achacó á la Inglaterra, acusando con este motivo á esta nación de querer impedir el renacimiento de nuestro comercio, y publicando en contra de esta eterna rival las más amargas acriminaciones. Después de Inglaterra, la potencia que mayor número de maldiciones excitó en nuestro país fué Austria. Su conducta tan fácil de justificar desde el punto de vista político, pero tan injustificable desde el punto de vista natural, fué inmensamente desfavorable para esta nación; y todo el mundo estaba siempre pronto á atribuirle la más mala influencia, dándose así á entender á su soberano, á quien se recibía en todas partes con la mayor frialdad.

Lo más conveniente, sin duda alguna en aquellas circunstancias hubiera sido remontarse á la causa más ó menos verdadera de nuestros males, buscando sólo los medios que aún nos quedaban para repararlos. Pero, según era costumbre, se prefería más reconvenirse mutuamente, porque de esta manera se proporcionaban los medios de lanzarse amargas invectivas. Los hombres de la revolución y del imperio acusaban á los Borbones de volver á Francia precedidos de los extranjeros y sólo para consumir su humillación, y los realistas, en vez de responder que si habían entrado en Francia después que los extranjeros ellos no los habían hecho venir, siendo Napoleón quien les había abierto las puertas del país con su ambición; los realistas, en vez de defenderse con esta sencilla é incontestable verdad, se esmeraron en ridiculizar los dolores patrióticos que por el contrario hubieran debido inspirarles respeto, por más que no tomaron parte en ellos. Se mofaban de las fronteras naturales, de este deseo fantástico, decían, que costaría mucha sangre á la nación que se propusiese seriamente realizarle; ¡como si las naciones no se propusiesen todas un fin respecto de su territorio más ó menos legítimo, más ó menos extenso, y al que tienden con más ó menos prudencia, habilidad, conveniencia para las demás, pero que es el móvil constante de todos sus esfuerzos! ¡Como si la Inglaterra no hubiese hecho siempre lo posible para confundir en uno solo los tres reinos británicos, sin hablar de las Indias y de sus otras ambiciones! ¡Como si la Rusia no hubiese en todo tiempo aspirado á procurarse la Finlandia, la Besarabia, la Crimea; el Austria á asegurarse las corrientes del Danubio y los bordes del Adriático; la Prusia á extenderse hasta el centro de Alemania; y por último, la España á reunir bajo su cetro la mayor parte posible de la Península! Los realistas decían además que si habíamos perdido ciertos territorios, habíamos alcanzado una verdadera paz con nuestros rivales, lo que es seguramente la ventaja ostensible de todos los pleitos perdidos; decían que nos habíamos visto desembarazados de los franceses que con intenciones poco rectas y con acento extranjero habían venido á disputarnos los empleos, ¡como si hubiéramos debido

darnos la enhorabuena por perder franceses tales como el hacendista Corvetto, el jurisconsulto Lasagni, el matemático Lagrange, el marino Verhuel y el guerrero Massena! Decían que si se habían perdido terrenos á propósito para recoger trigos, íbamos á adquirir en cambio otros donde crecían el azúcar, el café y el algodón, no menos necesarios; y se mofaban del comercio del imperio, condenado á caminar penosamente en tardías carretas á través de la vasta extensión del continente, y comparaban á él con orgullo el comercio marítimo que se valía de alas y que nos iba á ser devuelto. Tanta culpa tenían pues los realistas en mofarse de los nobles dolores de sus contrarios, en oponerles sus alegrías de partido, como había en acusarles de los desastres que eran la obra de Napoleón, obra en la que ellos no tenían la menor parte. Se debiera haber dicho que si Napoleón nos había empuñado al querer hacernos demasiado

grandes, nos quedaba todavía una gloria inmensa, nuestra poderosa unidad, los progresos de todas las clases que debíamos á la revolución y al imperio, el genio activo de la Francia, elementos con los que después de algunos años de paz y de un gobierno prudentemente liberal hubiéramos bien pronto vuelto á adquirir la superioridad moral y física, que no ha cesado de favorecernos y que jamás ha dependido de la posesión de una provincia. Este era el verdadero y al mismo tiempo el único consuelo que se hubiera debido buscar; pero los hombres en sus desgracias quieren tanto y algunas veces más que el remedio, el derecho de quejarse. La queja los consuela, y tanto más cuanto más amarga es. Es necesario, pues, concederles este desahogo, pero reservándose uno, á su vez, el derecho de no dar fe á lo que dicen, sobre todo cuando se tiene el honor de suspender entre las manos las balanzas de la historia.